

INSTRUCCIONES DE CAPITULO DE LA M. M^a EUGENIA DE JESUS 18 de Julio 1875

DEL DESPRENDIMIENTO DE TODAS LAS COSAS

Leyendo, estos días, a Sta Teresa me ha llamado la atención lo que insiste sobre el gran desprendimiento en que debemos vivir en relación con las criaturas. Lo considera como algo esencial para toda vida de oración, para toda vida interior, para toda vida religiosa. Parece, sin embargo que sus religiosas Carmelitas, de clausura, separadas del mundo debieran tener menos necesidad de esos avisos sobre el desprendimiento que nosotras que tenemos relaciones obligatorias y frecuentes con la gente de fuera.

Hasta nuestro mismo nombre de "Religiosas de la Asunción" implica un deber especial de desasimiento de las criaturas.

Hermanas, la palabra "Asunción" significa que se ha transcendido a un mundo nuevo, a una región superior, que se han rebasado las limitaciones propias de la vida, para participar ya desde ahora en el diálogo celestial como nos exhorta San Pablo: "Seamos ciudadanos del cielo" (Fil 3, 20).

Con frecuencia debemos examinarnos para ver cuál es la medida de nuestro desprendimiento. En todas las edades debemos cuestionarnos sobre este punto, porque no es fácil mantenerse en un total desasimiento sin apegarnos a nada, a ningún lugar, ni a ningún modo de vida.

Empiezo enumerando las cosas inanimadas: no apegarse más a un empleo que a otro; a una clase que a otra ocupación. Hay mucho que trabajar para estar totalmente desasidas para poder tener el espíritu y el corazón únicamente en Dios.

Digo totalmente porque al hablar de desprendimiento, hermanas, no se trata únicamente de lo que se hace, sino también de lo que se quiera hacer. Cuando se nos confía un empleo, con frecuencia no nos costaría dejarlo, porque vemos de cerca los inconvenientes y las dificultades. Eso no es desprendimiento, muy al contrario, es que nos falta desprendimiento porque quisiéramos otro trabajo, pensamos que estaríamos mejor en tal o cual ocupación. El verdadero desasimiento consiste en estar siempre dispuestas a seguir en el mismo trabajo aunque nos resulte costoso, o a cambiar de empleo si nos lo mandan.

Hasta ahora os he hablado de cosas mandadas. Veamos ahora como obrar cuando se trata de personas. Debe reinar entre nosotras un amor grande y verdadero: tenemos que querer sinceramente y de corazón a las personas con las que convivimos.

Podemos sentir una ternura mayor hacia algunas personas bien sea por sus cualidades, bien sea por lo bueno que de ellas hemos recibido.

Un afecto basado en estos motivos no es contrario al desasimiento en que debemos vivir. Pero, cuando se mezcla una cierta inquietud, cuando apetecemos mucho estar con las personas que queremos; cuando buscamos en ellas desahogos; cuando deseamos más ser queridas que querer, lo cual es muy diferente; cuando necesitamos la presencia de esa persona querida o lo que nos puede aportar; cuando todo esto sucede ya no vivimos el desprendimiento que Dios exige de sus esposas. El desasimiento no es contrario al amor ni mucho menos, pero se opone totalmente a esos vínculos, a esos hilos, por sutiles que sean, que nos mantienen apegados a la tierra y nos impiden el "Sólo Dios".

Quisiera que cada una examinase a fondo, lo que tendría que lograr en este terreno para llegar a ser un alma de oración unida a Dios en su contemplación, en la meditación, en el rezo del Oficio, en la Adoración del Smo. Sacramento.

Hermana, el Smo. Sacramento es el más perfecto modelo de ese desasimiento que os hablo. En la Eucaristía Jesús nos ama con ternura; nos desea, nos llama, nos espera; está ahí siempre dispuesto a recibir lo que le queremos dar para que con El honremos, alabemos y glorifiquemos al Padre. Pero no viene tras de nosotras, no mendiga nuestros consuelos, toma lo que le damos, espera pacientemente y siempre está dispuesto a entregarse.